

 | cántaro

Colección del **MIRADOR**

# Las historias del padre Brown

---

GILBERT KEITH CHESTERTON



Colección del **MIRADOR**

Las historias  
del padre Brown

---

**GILBERT KEITH CHESTERTON**

Colección del  
**MIRADOR**

**Editora de la colección:** Karina Echevarría

**Compilación y Secciones especiales:** María Soledad Silvestre

**Corrector:** Mariano Sanz

**Coordinadora de Arte:** Natalia Otranto

**Diagramación:** Azul De Fazio

**Gerente de Prerensa y Producción Editorial:** Carlos Rodríguez

**Imagen de tapa:** Latinstock

Chesterton, Gilbert Keith

Las historias del padre Brown / Gilbert Keith Chesterton ; compilado por María Soledad Silvestre. - 1a ed. - Boulogne : Cántaro, 2016. 136 p. ; 19 x 14 cm. - (Del Mirador ; 261)

Traducción de: Evelia Romano.  
ISBN 978-950-753-438-6

1. Narrativa Inglesa. I. Silvestre, María Soledad, comp. II. Romano, Evelia, trad. III. Título.  
CDD 823

© Editorial Puerto de Palos S. A., 2016

Editorial Puerto de Palos S. A. forma parte del Grupo Macmillan  
Avda. Blanco Encalada 104, San Isidro, provincia de Buenos Aires, Argentina

Internet: [www.puertodepalos.com.ar](http://www.puertodepalos.com.ar)

Queda hecho el depósito que dispone la ley 11.723.

Impreso en la Argentina / Printed in Argentina

ISBN 978-950-753-438-6

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización y otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.

## Puertas de acceso

---

*La obra de Chesterton es vastísima y no encierra  
una sola página que no ofrezca una felicidad.*  
**Jorge Luis Borges**

### **El hombre que fue G.K.C.**

Difícilmente Gilbert Keith Chesterton (Londres, 1874-1936) pasaba inadvertido. No porque buscara llamar la atención<sup>1</sup> sino porque no podía evitarlo. Había una razón física: medía casi dos metros y con el paso de los años llegó a pesar 140 kilos. Sobre su obesidad se registran numerosas anécdotas, muchas de las cuales se recogen de sus propias conferencias. En Pittsburg, por ejemplo, bromeó: “En realidad no tengo este tamaño, no, por Dios; lo que ocurre es que el micrófono me está

---

<sup>1</sup> De hecho, sus biógrafos coinciden en que se parecía muchísimo a su padre, a quien Ada Jones (mujer de su hermano Cecil) describe como un hombre “increíblemente distraído (que) se quedaba olvidado de las cosas más importantes en los momentos más críticos” (Ada Jones [Mrs. Cecil Chesterton], *Los Chesterton*, Madrid, Editorial Renacimiento, 2006, pág. 46).

amplificando”<sup>2</sup>. En las reuniones sociales prefería sentarse en la hierba fresca “para no modificar las sillas” y también se cuenta que una vez, al ceder el asiento en un autobús, en su lugar pudieron ubicarse tres personas<sup>3</sup>.

Andaba, además, vestido de un modo peculiar: siempre con capa y bastón, y fumando un puro. Su excéntrica figura quedó magníficamente retratada por un comentario que Bernard Shaw<sup>4</sup> (uno de los escritores con quienes más polemizó) hizo sobre una fotografía suya que había tomado Alvin L. Coburn:

*Chesterton es nuestro Quinbus Flestrin, el Hombre-Montaña, un querubín gigantesco y redondo, que además de ser indignamente grande de cuerpo y mente, cuando lo miramos parece ampliarse ante nuestra vista en todas las direcciones.*

Y esta inmensidad física se correspondía directamente con su rendimiento intelectual, porque fue capaz de abarcarlo todo: novelas, poesías, dramas, ensayos, crónicas de viaje, notas periodísticas, cuentos policiales, polémicas, artículos críticos y hasta una doctrina política económica (el distribucionismo). Lo que escribiera generaba una reacción: elogios o desavenencias, porque no titubeó en cuestionar a su propia generación. Muchas de sus reflexiones pueden parecernos evidentes ahora, cuando ya conocemos las consecuencias que ha dejado la cultura moderna. Pero a inicios del siglo xx, cuando la Modernidad era una promesa luminosa y los avances de la ciencia parecían poder

<sup>2</sup> Citado por Pearce, J. en: *G.K. Chesterton (sabiduría e inocencia)*, Madrid, Ediciones Encuentro, 1998.

<sup>3</sup> Fraile, M., “El hombre que siempre iba con Chesterton”, en: *Nueva revista de política, cultura y arte*, N° 142, 2013, pp. 114-136.

<sup>4</sup> Citado por Maisie Ward en: *Gilbert Keith Chesterton*, New York, Sheed & Ward, 1943 (en inglés en el original).

solucionar los problemas sociales, económicos y políticos de la época, eran muy pocos los que advertían (como él) que aquel paraíso, tarde o temprano, iba a derrumbarse. Chesterton denunció el imperialismo cuando nadie lo hacía todavía, y señaló también las falencias de la Modernidad cuando los más ilustres pensadores eran modernos, lo que, lógicamente, escandalizó a muchos de sus coetáneos.

Como sea, esa actitud no le restó popularidad. Al contrario: su prestigio como periodista fue innegable y siempre en suba. El *Daily News* doblaba su tirada los sábados, cuando Chesterton publicaba su columna fija. Toda la prensa británica, además, hacía eco de sus artículos: siempre había alguien que lo mencionaba para elogiar o rebatir sus reflexiones. El hecho de que en 1901 recopilara en forma de libro varios de los artículos que había publicado en el *Speaker* es otra prueba fehaciente de la buena recepción de su escritura en el público lector.

Y no fue la única pueba: su mujer, Frances Blogg, registró en su diario personal muchas de las veladas que compartieron con los ricos y famosos de la época, y la editorial Macmillan (una de las más prestigiosas del momento) le encargó en 1903 una biografía de Robert Browning, posicionándolo así entre los intelectuales más acreditados. La obra tuvo un éxito excepcional aunque también se la criticó por contener datos biográficos imprecisos y hasta escasos. Chesterton conocía hasta tal punto la obra de Browning que había confiado en su memoria: los editores tuvieron que corregir varios pasajes y no dudaron en reprochárselo<sup>5</sup>. El tiempo pondría de relieve el verdadero valor que

<sup>5</sup> Borges (poniendo de manifiesto su interés por el biógrafo más que por el biografiado) lamentó, frente a sus alumnos de Literatura Inglesa, que no se hubieran conservado las modificaciones “probablemente geniales” que Chesterton había hecho sobre la obra de Browning. (En: Arias, M. y Hadis, M. [comp.], *Borges profesor [curso de literatura inglesa en la Universidad de Buenos Aires, 1966]*, Buenos Aires, Ediciones Nepeus, 2000).

aquella biografía adquiriría para la literatura inglesa: no tanto por lo que había revelado sobre Browning, sino por lo que significó en la escritura de Chesterton: con ella comenzó a explorar (más allá del género periodístico) los temas sobre los que volvería una y otra vez. Él mismo, en su autobiografía<sup>6</sup>, reconoció su ambivalencia y su sentido:

*No voy a decir que escribí un libro sobre Browning, pero escribí un libro sobre el amor, la libertad, la poesía, mis opiniones harto ingenuas sobre Dios y la religión y expuse varias teorías sobre el optimismo, el pesimismo y la esperanza del mundo; un libro en el que el nombre de Browning se introducía de vez en cuando —puedo añadir— con arte considerable, o por lo menos, con cierta apariencia de regularidad. Había pocos datos biográficos en el libro y los que había estaban todos equivocados. Pero hay algo en ese libro; aunque sospecho que está más mi adolescencia que la biografía de Browning.*

Nos dice “opiniones harto ingenuas sobre Dios y la religión” porque a principios de siglo Chesterton todavía no había alcanzado la madurez espiritual que lo caracterizaría frente al mundo hasta varios años después de su muerte. Efectivamente, en los años cincuenta, Borges desmitificó su imagen de ortodoxo escritor católico comparándolo con Kafka y con Poe, y de este modo resignificó toda su obra, lo que terminó por convertirlo en un autor imprescindible para el lector de habla hispana<sup>7</sup>.

Hoy en día, hay asociaciones chestertornianas en la Argentina, Brasil, Canadá, las Islas Sandwich, Japón, Australia, Francia,

<sup>6</sup> Chesterton, G., *Autobiografía*, Madrid, El acantilado, 2010.

<sup>7</sup> Los números hablan por sí solos: sus libros se venden más en español que en inglés y, aunque es difícil encontrar muchas de sus obras en Inglaterra, no dejan de reeditarse en América Latina ni en España.

Italia, Polonia, Noruega, España, Alemania, Croacia, Irlanda y Gran Bretaña, así como también muchas independientes distribuidas por todo Estados Unidos. La *Chesterton Review* (revista especializada que se publica en Canadá) aparece en forma trimestral, y la Ignatius Press de San Francisco editó recientemente sus obras completas en 37 volúmenes. Si todo esto no da cuenta del hombre que fue G.K.C., por lo menos pone de manifiesto, sin ninguna duda, lo que sigue siendo.

### Las paradojas de Mr. Chesterton

El día que el pequeño Gilbert supo que iba a tener un hermano, dijo a su familia: “Desde ahora, tendré siempre un auditorio”<sup>8</sup>. El vaticinio, sin embargo, no se cumplió:

*Se produjo el caso de haber, simultáneamente, dos oradores y ningún auditorio. Discutimos durante toda nuestra infancia y nuestra adolescencia, hasta convertirnos en una peste para todo nuestro círculo social.*

Lejos de lo que pueda especularse, los hermanos se adoraban. Así lo manifiesta el mismo G.K.C.:

*Me regocijo al pensar que, durante todos aquellos años, no dejamos de discutir y no nos peleamos una sola vez<sup>9</sup>.*

He aquí uno de los rasgos fundamentales de su escritura: la idea de que sin contradicciones no hay verdad. Efectivamente, las paradojas son un rasgo recurrente en el autor, al punto de que es posible encontrarlas a lo largo de toda su bibliografía,

<sup>8</sup> Chesterton, G., *Autobiografía*, Op. Cit.

<sup>9</sup> Op. Cit.

# La cruz azul

---

Título original: *The Blue Cross*  
Traducción: Evelia Romano

Entre la cinta plateada de la mañana y la cinta verde brillante del mar, el barco llegó a la costa de Harwich y dejó salir, como enjambre de moscas, una muchedumbre, en la que no se destacaba ni deseaba hacerse notar el hombre cuyos pasos vamos a seguir. No había nada en él fuera de lo común, excepto un sutil contraste entre sus ropas, livianas y festivas, y la gravedad oficial de su rostro. Iba vestido con un ligero saco gris pálido, un chaleco blanco y un sombrero de paja plateado con una cinta gris azulada. En cambio, su cara delgada era oscura, y remataba en una barba corta y negra que le daba apariencia de español y hubiera combinado bien con una gola isabelina<sup>1</sup>. Fumaba un cigarrillo con la concentración de quien no tiene otra cosa que hacer. Nada en él había que indicara que su saco gris cubría un revólver cargado, que su chaleco blanco cubría una placa de policía, o que su sombrero de paja cubría una de las inteligencias más poderosas de Europa. Porque este hombre era nada menos

---

<sup>1</sup> Pieza de indumentaria, especialmente popular durante el reinado de Isabel I en Inglaterra, que cubría el cuello y el escote.



que el mismo Valentin, jefe de la policía de París y el más famoso investigador del mundo, que venía desde Bruselas a Londres para hacer la captura más célebre del siglo.

Flambeau estaba en Inglaterra. La policía de tres países había seguido la pista de este gran delincuente desde Gante hasta Bruselas, desde Bruselas hasta Hoek van Holland. Se especulaba que aprovecharía para pasar desapercibido entre la multitud de extranjeros y el desorden provocado por el Congreso Eucarístico que se celebraba en Londres. Probablemente viajaría como un clérigo menor o un secretario relacionado con el Congreso. Pero, claro está, Valentin no podía estar seguro. En verdad, nadie podía estar seguro de nada con respecto a Flambeau.

Han pasado muchos años desde que este coloso del crimen dejó, súbitamente, de tener al mundo en vilo, y cuando murió, como se dice que sucedió tras la muerte de Rolando<sup>2</sup>, un manto de tranquilidad cubrió la tierra. Pero en sus mejores días (quiero decir, por supuesto, en sus peores días), Flambeau era una figura tan estatuaría e internacional como el Káiser<sup>3</sup>. Casi todas las mañanas, el periódico anunciaba que había logrado escapar de las consecuencias de un crimen extraordinario cometiendo otro. Era un gascón de estatura gigantesca y audacia corporal. Se contaban las historias más increíbles sobre sus ataques de humor atlético: había dado vuelta a un juez de instrucción, parándolo de cabeza para que “aclarara sus ideas”; había corrido por la calle de Rivoli con un policía debajo de cada brazo. Y para ser justos con él, empleaba su fantástica fuerza física en andanzas poco dignas, pero nunca sangrientas. Sus crímenes consistían en robos

<sup>2</sup> Se refiere al protagonista del poema épico francés *La chanson de Roland* (siglo XI). Cuando en el canto CLXXVII el emperador llega a Rocenvalles y lo encuentra muerto, todo es silencio y desolación alrededor.

<sup>3</sup> Título alemán: emperador.

ingeniosos de gran escala, cada uno de los cuales inauguraba un nuevo pecado y merecía una historia aparte. Fue él quien manejó la Compañía Tirolesa de Lácteos de Londres, sin lecherías, sin vacas, sin carros, sin leche, pero con varios miles de abonados, a cuya demanda respondía con la simple maniobra de mover a sus puertas los pequeños tachos de leche que los lecheros dejaban en las puertas de otros vecinos. Fue él quien mantuvo una correspondencia inexplicable e íntima con una joven cuyas cartas interceptaba sin excepción con el procedimiento extraordinario de sacar fotografías infinitamente pequeñas de sus mensajes en los portaobjetos de un microscopio. Sin embargo, sus hazañas se caracterizaban, en general, por la simplicidad. Se cuenta que una vez repintó todos los números de una calle, en la soledad de la noche, solo para hacer caer a un forastero en su trampa. Es bastante factible que él haya inventado un buzón portátil que armaba en las esquinas de algunos barrios elegantes con la esperanza de que alguien depositara allí un giro postal. Finalmente, era conocido por ser un acróbata asombroso. A pesar de su enorme tamaño, podía saltar como una langosta y desaparecer entre las copas de los árboles como un mono. Por eso el gran Valentin, desde que comenzara a perseguir a Flambeau, sabía perfectamente que sus aventuras no terminarían al encontrarlo.

Pero, ¿cómo iba a encontrarlo? Las ideas de Valentin para lograrlo estaban todavía en proceso de consolidarse.

Había una cosa que Flambeau, a pesar de su destreza para disfrazarse, no podría ocultar y era su excepcional estatura. Si el ojo atento de Valentin hubiera pescado a una vendedora de manzanas muy alta, a un granadero muy alto o a una duquesa medianamente alta, los habría arrestado ahí mismo. Pero así como un gato no puede camuflarse en jirafa, en todo el tren no había nadie que pudiera ser un Flambeau disfrazado. Ya había descartado a la gente del barco, y se limitaban a no más de seis los que habían

subido en Harwich o en otras estaciones. Había un empleado del ferrocarril, pequeño él, que viajaba hasta la terminal, tres vendedores de verdura de poca estatura que habían subido dos estaciones después, una viuda muy bajita procedente de una pequeña ciudad de Essex, y un sacerdote católico romano, también muy bajo, que procedía de un pueblito de Essex. Al examinar a este último, Valentin se dio por vencido y casi se echó a reír. El curita era un típico exponente de los insulsos pobladores de los territorios orientales: tenía un rostro redondo e inexpresivo como un ñoqui de Norfolk, sus ojos eran tan vacuos como el mar del Norte, llevaba varios paquetitos envueltos en papel de estraza y le resultaba imposible cargarlos a todos. El Congreso Eucarístico había, sin duda, arrancado de su estancamiento pueblerino a muchas de estas criaturas, ciegas e indefensas como un topo desenterrado. Valentin era un escéptico al más severo estilo francés, y no tenía ninguna simpatía por los curas. Pero sí los podía compadecer, y este en particular hubiera provocado lástima en cualquiera. Tenía un paraguas enorme y raído que se le caía constantemente al suelo. Parecía no tener idea de cuál de los talones de su pasaje era el de vuelta. Le explicaba a todo el mundo en el vagón, con una inocencia rayana en la estupidez, que debía tener cuidado porque llevaba en uno de sus paquetes algo hecho de verdadera plata “con piedras azules”. Esa pintoresca mezcla de la chatura de Essex con una santa simplicidad no dejaba de divertir al francés hasta que el cura se bajó (como pudo) en Tottenham con todos sus paquetes, y volvió al vagón por su paraguas. En ese momento, Valentin tuvo la deferencia de advertirle que no era la mejor manera de cuidar un objeto de plata contarle de él a todo el mundo. De todas formas, al hablar con él o con cualquiera, Valentin no dejaba de estar atento a descubrir a ese otro. Buscaba constantemente a alguien, rico o pobre, hombre o mujer, que midiera más de seis pies, porque Flambeau medía seis pies y cuatro pulgadas.

Sin embargo, se bajó en la calle Liverpool totalmente seguro de que, hasta el momento, no se le había escapado el delincuente. Luego, fue a Scotland Yard para regularizar su situación y coordinar ayuda en caso de necesitarla. Después encendió otro cigarrillo y dio un largo paseo por las calles de Londres. Al pasar por la plaza de Victoria, aminoró de pronto la marcha y se detuvo. Era una plaza singular, solitaria, muy típica de Londres, llena de una pasajera tranquilidad. Las casas altas y monótonas que la rodeaban parecían a la vez prósperas e inhabitadas; el cuadrado de vegetación en el centro parecía tan desierto como un verde islote del Pacífico. Una de las cuatro calles que bordeaban la plaza era mucho más elevada que el resto, como una tarima, y su línea recta estaba interrumpida por una de esas disparatadas sorpresas de Londres: un restaurante que parecía haber sido trasladado allí desde el barrio de Soho. Era un edificio absurdamente atractivo, con plantas enanas en macetas y largas cortinas rayadas de amarillo limón y blanco. Se levantaba a considerable altura de la calle y, al modo usualmente desprolijo de la arquitectura londinense, una serie de escalones subía hasta la puerta de entrada como una escalera de incendios sube hasta la ventana de un primer piso. Valentin se quedó ahí parado por un rato, fumando frente a las cortinas amarillas y blancas, y observando los escalones.

Lo más increíble de los milagros es que ocurren de verdad. A veces, algunas nubes se juntan en el cielo para dibujar la forma vigilante de un ojo humano. Un árbol aparece en el paisaje de un viaje incierto con la forma exacta y elaborada de un signo de interrogación. Yo mismo he visto ambas cosas en los últimos días. Es verdad que Nelson<sup>4</sup> muere en el instante mismo de la victoria; y un hombre llamado Williams asesina de manera

<sup>4</sup> Almirante británico que muere tras vencer a Napoleón Bonaparte en la Batalla de Trafalgar sin haber perdido ninguno de sus barcos.

bastante accidental a un hombre llamado Williamson, lo que suena casi como un infanticidio<sup>5</sup>. En resumen, en la vida hay delicadas coincidencias que pasan desapercibidas para la gente preocupada por lo prosaico. Como se ha expresado muy bien en la paradoja de Poe, la sabiduría debe tener en cuenta lo imprevisto.

Aristide Valentin era insondablemente francés; y la inteligencia francesa, inteligencia en sentido estricto. No era, claro, una “máquina de pensar”, porque esa es una estúpida expresión nacida del fatalismo y del materialismo moderno. Una máquina es precisamente una máquina porque no puede pensar. Él era un hombre pensante, pero también un hombre común al mismo tiempo. Todos sus éxitos, tan maravillosos que parecían arte de magia, resultaban de aplicar la pura lógica, el más común y corriente método de pensamiento francés. Los franceses no iluminan el mundo inaugurando una paradoja, sino desarrollando una perogrullada. Y la desarrollan al máximo, como en la Revolución Francesa. Pero precisamente porque Valentin entendía el uso de la razón, también entendía sus límites. Solo un hombre que nada sabe de motores habla de accionar motores sin gasolina. Solo un hombre que no sabe nada de la razón habla de la posibilidad de razonar sin principios básicos, sólidos e indiscutibles. En este caso, no tenía ningún principio básico sólido. Flambeau había desaparecido en Harwich y, si acaso estaba en Londres, podía ser cualquier cosa, desde un vagabundo grandote perdido en los parques de Wimbledon hasta el encargado de los brindis en algún banquete del Hotel Metropole. Frente a semejante estado de desnuda ignorancia, Valentin solía seguir su propia intuición y su propio método.

<sup>5</sup> La palabra *son* en inglés significa *hijo*, por lo que Williamson podría traducirse como “el hijo de Williams”.

En casos como este, él confiaba en lo imprevisto. En casos como este, cuando no podía seguir un tren de pensamientos razonables, fría y cuidadosamente seguía el tren de lo irrazonable. En lugar de ir a los lugares lógicos —bancos, estaciones de policía, puntos de encuentro— iba sistemáticamente a los lugares ilógicos: golpeaba en todas las casas vacías, evitaba todos los callejones, recorría las carreteras bloqueadas por escombros, tomaba todos los atajos que lo desviarán inútilmente del camino. Defendía esta conducta absurda con toda lógica. Decía que si uno tenía una pista, este era el peor modo, pero si uno no tenía pista alguna, era el mejor, porque existía la posibilidad de que cualquier rareza que llamara la atención del perseguidor pudiera ser la misma que habría llamado la atención del perseguido. Todo hombre tiene que empezar por algún lugar, y era mejor que ese lugar fuera donde otro hombre se había detenido. Algo de esos escalones que conducían a la entrada, algo sobre el aspecto curioso y tranquilo del restaurante, despertó todas las extravagantes fantasías románticas del detective y lo decidió a proceder al azar. Subió los escalones, se sentó en una mesa al lado de la ventana y pidió una taza de café negro.

Era media mañana y todavía no había desayunado. Los restos de otros desayunos esparcidos sobre la mesa le recordaron que tenía hambre. Agregó un huevo pasado por agua a su pedido y procedió distraídamente a ponerle azúcar a su café, pensando todo el tiempo en Flambeau. Se acordaba cómo Flambeau había escapado, una vez gracias a una tijera de uñas, y otra vez gracias a un incendio; una vez con la excusa de pagar por una carta sin estampilla y otra vez haciendo que la gente mirara por un telescopio un cometa que podía destruir al mundo. Valentin creía que su cerebro detectivesco era tan bueno como el del criminal, lo cual era verdad, pero se daba plena cuenta de la desventaja. “El criminal es el artista; el detective, apenas el crítico”, dijo con